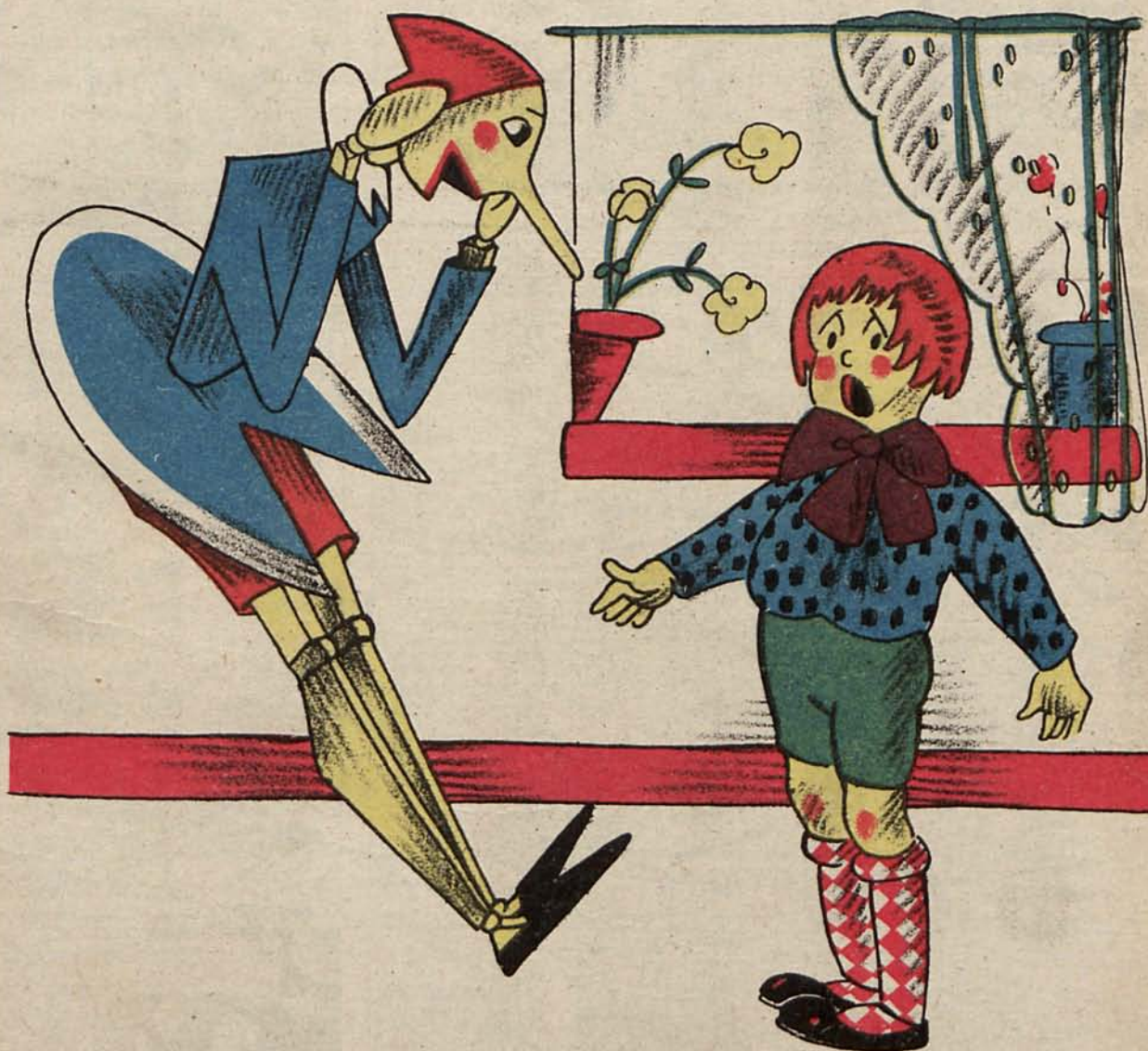


PINOCHO

AÑO. V
NUM. 216

25 cts

7 ABRIL
1929



- NO CHILLES TANTO. ¿QUÉ DIRÁN LOS VECINOS SI TE OYEN?
- SE PONDRÁN MUY CONTENTOS
- ¿POR QUÉ?
- ¡PORQUE SON SORDOS!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28° 17'

POR
E. GIOVANELLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

pero saben en qué río deben efectuar sus exploraciones.

Pienso, por tanto, que para la ejecución de la difícil empresa, son necesarias dos condiciones: primera, que nuestras rebuscas se realicen en el mayor secreto, porque si nuestros enemigos tuvieran conocimiento del número 28° y 17' nos precederían seguramente en el lugar donde los documentos se custodian y no nos quedaría otro recurso que renunciar a todo; y segunda condición, más importante aún: que las pesquisas se hagan con la más extremada urgencia. Creo que dada la menor amplitud del campo de indagaciones de los delincuentes, la acción de una o dos personas no puede ser sino lenta por demás y, por lo tanto, insuficiente. Para tener la probabilidad de obtener el éxito que perseguimos, sería menester que las investigaciones se llevaran a cabo fulminantemente, y sobre todo simultáneamente, en todos los once puntos que te he indicado. ¿Qué te parece?

—Indiscutible, Enrique; hay que proceder como tú dices.

Callé meditando. Los ojos calenturientos del joven no cesaban de fijarse en los míos, y me parecía que se le agrandaban en la ansiedad de la espera y confiados en un consejo o una ayuda que a él se le antojaban imposibles casi. Tan vasta red de indagaciones exigía el concurso de muchas personas inteligentes, valerosas, fieles, astutas, discretas, provistas, en suma, de cualidades tales que no cabe pagarlas, y que si es difícil encontrar reunidas en un solo hombre, es punto menos que imposible sean comunes a un grupo de individuos que no vean en la em-

presa un interés personal e inmediato. Aun confiando a uno solo las pesquisas en las localidades no muy distantes entre sí, como las de la América del Sur, las de la India y de la Australia, eran, con todo, siempre indispensables siete u ocho personas, dispuestas a emprender una exploración nada fácil y ciertamente no desprovista de peligros, que reclamaban además, dadas las circunstancias determinantes, hombres dotados de mucho tacto y de un sutil y agudo espíritu emprendedor. A más de esto, asentado el plan de acción sobre las bases de referencia, el llevarlo a la práctica requería dinero, mucho dinero; y es bien sabido que nuestra profesión no da estipendios tan espléndidos que permitan recorrer el mundo de oriente a occidente a expensas nuestras. Estaba yo perplejo, sin saber qué decidir ni hallar partido al que abrazarme, y casi me dejaba dominar por la desconfianza de que debió ser presa Enrique al cabo de idénticas e infructuosas consideraciones. Pero de pronto se me aclaró la mente, como una estancia tenebrosa al girar la manilla del interruptor eléctrico.

—Una idea, Enrique—exclamé cogiéndole de un brazo—. ¡Una idea maravillosa! La más natural, la más sencilla, la más lógica de las ideas.

En los ojos del joven fulguró una llamarada de alegría. Le sentí estremecerse bajo mi mano con una sacudida nerviosa.

—Nosotros, periodistas, redactores, corresponsales, *reporters*, ¿no formamos una vasta, una mundial asociación que todo lo puede, que todo lo sabe, a quien nada se escapa, a quien todo le está permitido? Ese, ese es, Enrique, el medio seguro, el medio fulminante para obtener los papeles que necesitas...

—Pero escribiendo y aun telegrafando, ¿podremos conseguir de todos, quiero decir de

todos los colegas a quienes confiemos el encargo, la gestión activa e inmediata que es indispensable para el éxito? Porque, compéndelo, la negligencia o un simple retraso de uno puede hacer inútiles los esfuerzos de todos los demás.

—¡Quién habla de escribir! ¿No pasan todos los días por París colegas de todas las naciones que se trasladan a todas las partes del mundo? Puen bien, nos serviremos de ellos para las indagaciones que se necesiten. El interés profesional...

—¿Cómo?

—Está claro. ¿Te parece poco el descubrimiento de las pruebas de un error judicial de la importancia de un proceso como el de Tolón? ¡Qué apoteosis para el corresponsal y para el periódico que publique el primero la noticia extraordinaria y se haga heraldo de la justicia y la verdad!

Enrique era ya un entusiasta de mi idea, que en realidad era la única capaz de proporcionarnos el medio de efectuar nuestro plan perentoria y eficazmente.

—¡Gracias, gracias!—se esforzaba en repetirme—. Salvas a mi padre y me haces dichoso.

—Dentro de ocho días—añadí—habremos lanzado por el mundo las personas que nos han de ayudar a hacer patente la inocencia de tu padre, quien de aquí a pocos meses estará libre.

—¡Me parece soñar!

—No, no soñamos, amigo mío. Y en el espacio de breves días empezaremos nuestro cometido.

—Dentro de tres días justos me marcharé yo. Debo ir al Panamá por cuenta de *La Actualidad*. Podría...

—Podrás inspeccionar en seguida el Río Grande del Norte. Bastará que en vez de tomar la línea de Puertoplata, tomes la de Gálveston. Por mi cuenta, procuraré anticipar mi acostumbrado viaje a Italia y desde Nápoles pasaré al Cairo para ver el punto matemático en que el Nilo corta al 28º, 17'...

—¡Oh, amigo de mi alma!

—¡Quedan prohibidas las exclamaciones y vedada toda acción de gracias! Mañana, a las dos de la tarde, nos avistaremos con los colegas que yo haya elegido. La selección no es fácil, pero no desespere de ser afortunado.

—¿Y dónde nos encontraremos?

—No en el café de Madrid, donde hay siempre demasiados periodistas. Pocos, pero buenos, es lo que necesitamos. Les invitaré para mañana en el café de la Paz, Boulevard de las Capuchinas, en el gabinete interior, a la izquierda.

Enrique se levantó, me estrechó la mano, hizo por abrir la boca, pero yo le impedí que formulara nuevas protestas de gratitud.

—¡Hasta mañana, Enrique!

Cuando hubo ya salido, yo lié otro cigarrillo, y mientras el fuego minúsculo iba reduciéndolo a ceniza y humo, me puse a parar mientes en los periodistas más hábiles y más seguros con quienes pudiera contar en la ardua y delicada empresa. Transcurridos diez minutos, había ya escogido varios nombres sobre los cuales podría recaer una acertada elección, y considerando las cualidades y méritos de cada uno, tenía razones sobradas para esperar fundadamente un satisfactorio resultado.

Era ya a la sazón media noche. Pagué la cuenta y salí. Las calles rebosaban de la misma muchedumbre varia, elegante y agitada que las había invadido desde las últimas luces del crepúsculo, y el río ondulante y sonoro se renovaba y engrosaba de continuo con las olas de gentes que afluían a él por las puertas luminosas de teatros y salones de concierto. La vida nocturna de París estaba en el momento más vivo e intenso de su característica belleza.

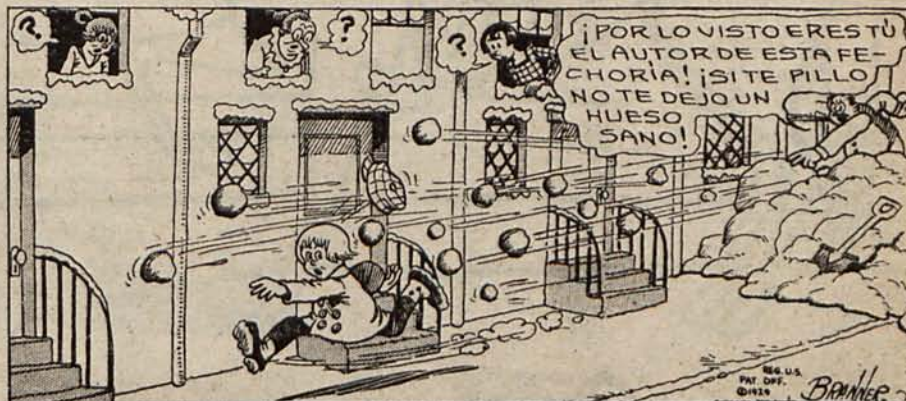
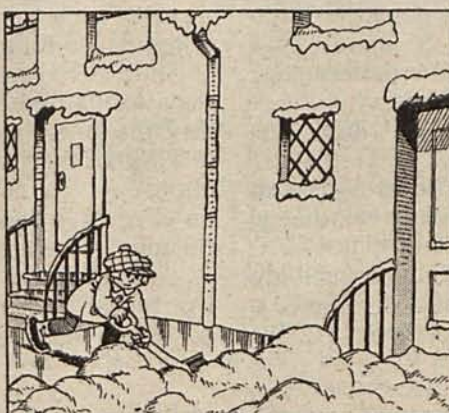
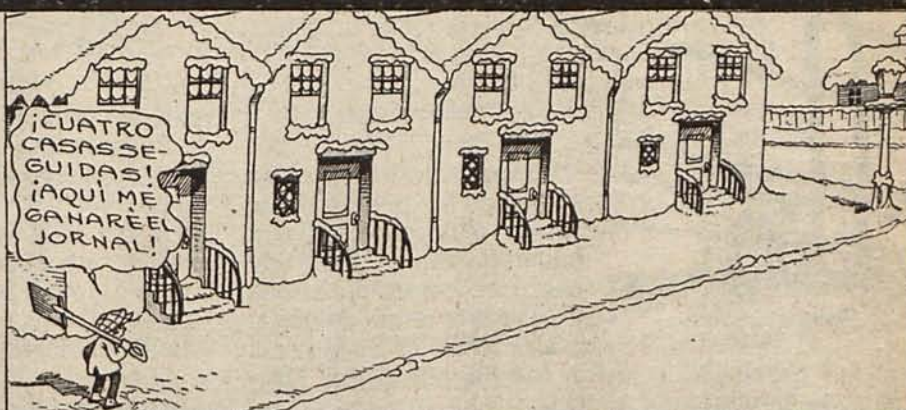
Pero en mi despacho profesional me aguardaban los taquígrafos para consignar las últimas comunicaciones que debía corregir y transmitir a Italia, de cuyo diario *La Noticia* era yo el corresponsal parisino.

Llamé en vista de ello a un simón que pasaba y grité mi dirección al cochero.

(Continuará en el número próximo)



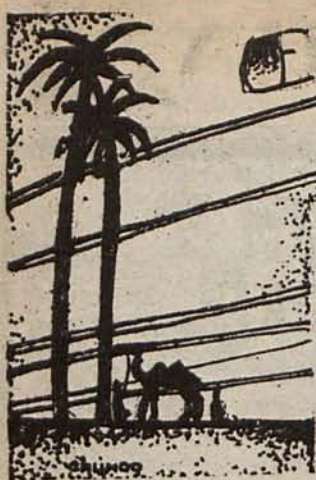
COLORÍN y su PANDILLA



EL HEROE DE KARTHUM

PO R

E. JARDIGUÉ



(Continuación)

Empero había jurado mantener su promesa de vencer o no volver vivo a Inglaterra y aquel hombre de hierro se entregaba serena y friamente a su empresa.

Casi todo el Sudán, esa inmensa provincia de Africa, bañada por el alto Nilo, estaba ya en poder del Mahadí.

¿Quién era ese Mahadí que se hacía llamar enviado de Alah y que se proponía revolver el mundo para imponer, cimitarra en mano, la religión musulmana?

El, como Gordón, tuvo origen humilde.

Era el hijo de un pobre carpintero de ribera que vivía en Scendi, junto al Nilo.

Después de haber ayudado durante varios años a su padre, se fugó a Karthum para instruirse y estudiar el Corán, el libro sagrado de los mahometanos.

Habiendo recibido el título de Cheik, o sea doctor de la ley, se

retiró al desierto para predicar a las hordas semisalvajes de Baggara la religión y hacerse pasar por enviado de Dios, destinado a proclamar la época de igualdad entre los pueblos y la destrucción del mundo cristiano.

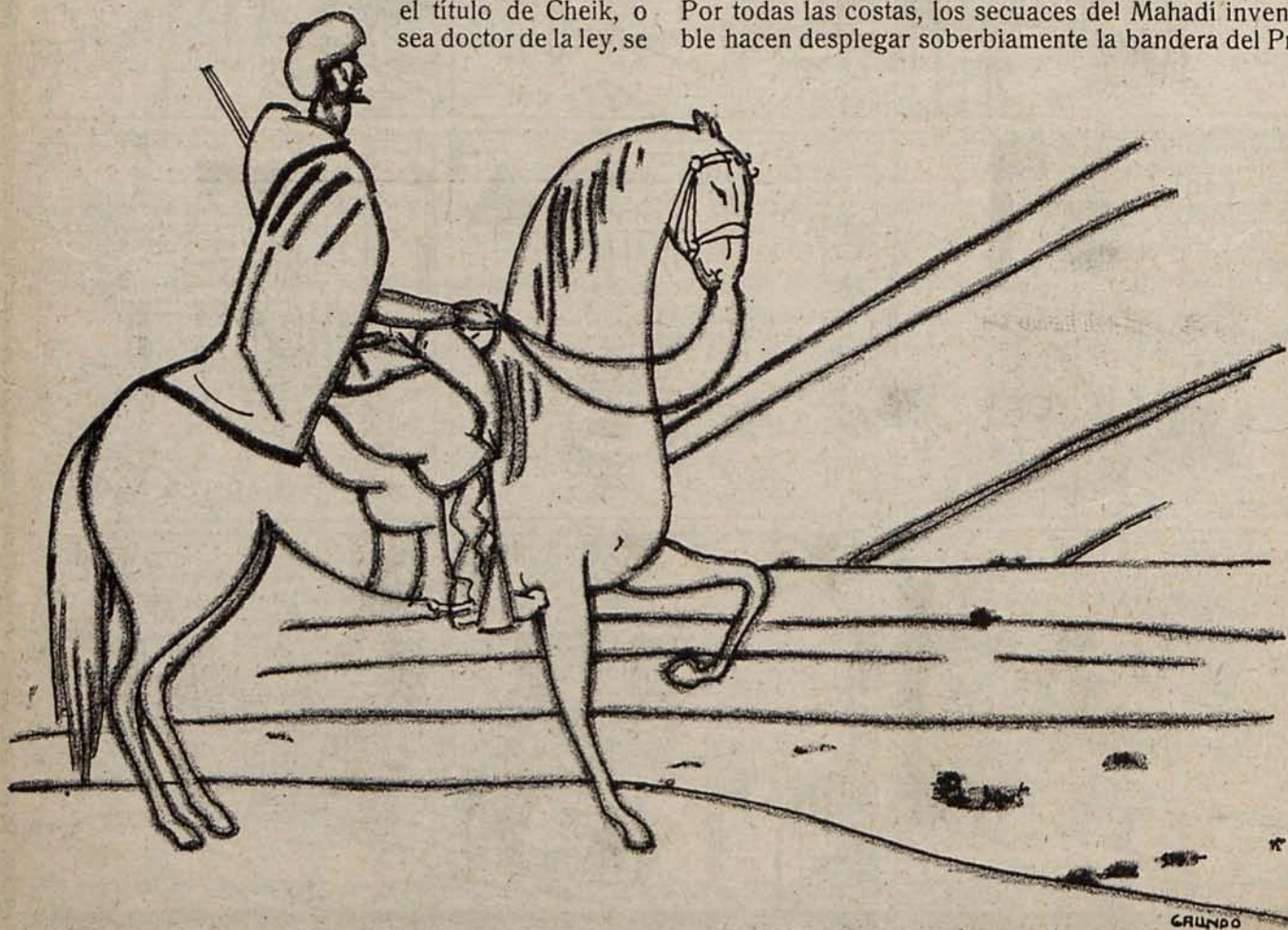
Un día el Mahadí dejó el desierto y seguido de inmensas turbas de fanáticos proclamó la guerra santa contra Egipto e Inglaterra.

¡He aquí ya a este hombre convertido en un guerrero formidable! Derrama sus hordas por el Sudán, dispersa a las tropas egipcias, o mejor, las despedaza; destruye las ciudades que le oponen resistencia, pasando a filo de espada a sus habitantes, y hace retroceder a egipcios e ingleses con una larga serie de victorias estrepitosas.

Todo el Sudán arde en rebelión y millones de fanáticos exaltan las proezas y el valor de aquel enviado de Dios, proclamado invencible.

Todos huyen. Egipcios e ingleses no pueden cortarle el paso y ven desaparecer imponentes, con la muerte en el corazón, sus regimientos, tragados en la vorágine de aquella tremenda insurrección.

Todo el Sudán se ha perdido y solo resiste Karthum. Por todas las costas, los secuaces del Mahadí invencible hacen desplegar soberbiamente la bandera del Pro-



CAUNDO



feta y llegan hasta atacar a los italianos de Massana, pero allí, por primera vez, sufren una derrota y más tarde pierden a Kassala, conquistada furiosamente por los italianos.

Contener aquellas victoriosas hordas del Mahadí, amo del Nilo, parecía empresa tan difícil que asustaba a cualquiera.

Pero Gordón no había perdido el ánimo. Vedlo ahí otra vez convertido en general y prepararse con gran denuedo a afrontar la ola de fuego que amenazaba incendiar también a Egipto para avanzar la bandera verde del Profeta hasta las orillas del Mediterráneo y desafiar a la cristiandad entera.

Llegó a Karthum cuando la traición se había infiltrado ya en la población, compuesta en su mayor parte de partidarios fanáticos del Mahadí, tenido por todos como hijo del Profeta y protegido de Dios.

A pesar de todo esto, la fama del general precedió a su llegada y, por lo contrario de lo que se esperaba, la acogida que le hicieron fué entusiasta.

En la memoria de todos estaban los cinco años del gobierno del general, durante el cual se repararon muchas injusticias, logrando captarse la estimación y simpatía de aquellas gentes.

Hombre enérgico, reorganizó en seguida a las tropas egipcias desmoralizadas por completo ante tanto desastre, armó los vapores encargados de recorrer el Nilo, improvisó fortificaciones y prometió a todos hacer justicia contra la rapacidad de los gobernadores de las provincias.

No satisfecho con esto, mandó un mensajero al Mahadí ofreciéndole el gobierno del Kordoban y regalos, con tal de ganar tiempo y prepararse a defender la capital y con ella la bandera inglesa y egipcia.

Vanos esfuerzos. El Mahadí, seguro de poder conquistar pronto la capital del Sudán, rehusó desdenosamente la oferta y le invitó, si quería salvar la vida, a abrazar la religión musulmana. Las tropas estaban cada vez más desmoralizadas al saber que las hordas aquellas se aproximaban.

Otro hombre cualquiera, descorazonado, hubiera

abandonado la empresa; Gordón, no. Tenía ciega confianza en su destino, y, además, aquel hombre heroico había hecho el sacrificio de su propia vida.

Vencer o morir: tal era su divisa, y nada le espantaba, ni aun la misma traición, que sentía circundarle a su alrededor esperando el momento oportuno para abatirle.

De todas partes llegaban noticias funestas; las tropas anglo-indias, impotentes de afrontar a las tropas del Mahadí, o huían o capitulaban, y sus naves, escalonadas a lo largo del río, se batían en retirada al primer cañonazo.

La traición le iba envolviendo más cada vez. Las únicas tropas en quienes podía confiar algo más eran algunas compañías de egipcios de raza blanca, que por ser cristianos odiaban a los musulmanes.

Los turcos mercenarios y los batallones negros no ocultaban sus preferencias por el enviado de Dios, y los árabes de las tribus vecinas propagaban a los cuatro vientos la caída inminente de la capital del Sudán.

Los agentes del Mahadí, por otro lado, ya habían logrado penetrar en la misma capital, esparciendo secretamente en la población y entre las tropas manifestos y proclamas redactados con prodigiosa habilidad, que producían profunda impresión entre los negros, ignorantes y supersticiosos.

El Mahadí desenvolvía a su manera las principales circunstancias de su vida y explicaba el modo de cómo su venida era el cumplimiento de las predicciones de los antiguos profetas. Gordón, advertido de estas infidelidades, se dispuso a dar un castigo ejemplar que hiciera impresión entre sus tropas.

Estaba dispuesto a recurrir a todo, a fin de conservar, para Egipto, la capital del Sudán.

Un día entró improvisadamente en un cuartel, donde supo que se leían y discutían aquellas peligrosas proclamas, y sorprendió a un sargento mayor de la caballería turca que estaba explicando a algunos soldados árabes y negros, no menos fanáticos, lo que decía el Mahadí y quién era aquel terrible vencedor de veintitantas batallas.

(Continuará en el número próximo)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



EN ESTA CASA HA ENTRADO UN RATÓN, CURRINCHE, LO VAMOS A CAZAR Y LO DOMESTICAREMOS COMO SI FUESE UN MIEMBRO DE LA FAMILIA

¡OLE!



HAREMOS UN AGUJERO EN LA MESA, LO TAPAREMOS CON UN PEDAZO DE QUESO, ATADO CON UN HILO, SUBIRÁ EL RATÓN TIRAREMOS DEL HILO Y ¡ZAS! CAERÁ AL CAJÓN

¡COMO SE CONOCE QUE SE HA PASADO USTED LA VIDA CAZANDO LEONES!



¡YA SUBE, CURRINCHE, YA SUBE!

¡OIGA; NO SE COMERÁ EL QUESO ¿VERDAD?



¡YA CAYÓ! ¡YA CAYÓ!

YA ES NUESTRO HERMANO. LE PONDREMOS DE NOMBRE TURURUCHINCURRINCHIN



AHORA LE VAMOS A DESTINAR UNA HABITACIÓN PARA EL SOLITO CON PIANO, CALEFACCIÓN Y TELÉFONO

Y YO LO LLEVARÉ A LA ESCUELA



QUE EMOCIÓN VAA SENTIR CUANDO ABRA Y VEA TODO LO QUE LE TRAEMOS

RESERVADO DEL RATÓN TURURUCHINCURRINCHIN PROHIBIDO EL PASO A TODA PERSONA AJENA A LA FAMILIA



ES UN RATÓN BUENÍSIMO ¿HAS VISTO COMO ME SALUDABA CON EL RABO?

¿Y USTED HA VISTO COMO ME GUIÑABA AMI EL OJO?



SE HA ZAMPADO HASTA LAS CESTAS. LO VEO TODO MUY NEGRO, CURRINCHE

¿PERO SE HA COMIDO LOS CIENTO KILOS DE QUESO?



¡ARREA, CURRINCHE, QUE SI NO, ESTE TIO SE NOS MERIENDA!



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO



CUENTOS DE CALLEJA

EL SASTRECILLO LISTO

Casillas

H

ABÍA una vez una Princesa muy orgullosa; si venía alguno a pretenderla, le proponía un acertijo, y, si no lo acertaba, le despachaba burlándose de él. También hizo pregonar que el que acertara su acertijo se casaría con ella, cualquiera que fuese.

En la ciudad había tres hermanos sastres que vivían juntos. Al oír el pregón, el mayor dijo que habiendo dado tantas puntadas en su vida que habían salido bien, lo mismo sucedería con el acertijo de la princesa. Por lo cual se dispuso a ir a Palacio para tratar de acertarlo.

—También yo iré—dijo el segundo.

—Y yo—dijo el pequeño.

—Quédate en casa—dijeron a éste sus dos hermanos—; tú no harás nunca nada, porque eres demasiado bobo.

Pero el sastrecillo dijo que se le había metido en la cabeza que llegaría a ser algo, y se marchó en compañía de sus dos hermanos.

Se presentaron los tres en Palacio, y los servidores del mismo rogaron a la princesa que diese su acertijo, pues habían llegado tres personas dotadas de tan fino entendimiento, que se podía enhebrar en una aguja.

Entonces dijo la Princesa:

—Tengo dos clases de cabello en la cabeza; ¿de qué colores son?

—Si no es más que eso—dijo el hermano mayor—uno será negro y otro blanco.

—Mal contestado—dijo la Princesa—. Conteste el segundo.

—Si no es blanco y negro, será castaño y rojo.

—No es eso—dijo la Princesa—. Conteste el tercero; a ése le conozco en la cara que lo acertará.

Avanzó entonces el sastrecillo bobalicón, y dijo:

—La Princesa tiene en la cabeza un pelo de plata y otro de oro; éstos son los dos diferentes colores.

Al oír esto, la Princesa palideció, y por poco se cae del susto, porque el sastrecillo había acertado, y ella había creído que nadie en el mundo lo llegaría a adivinar. Cuando volvió en sí, dijo:

—Todavía no me has ganado; aun te falta hacer otra cosa: abajo, en la cuadra, hay un oso, con el que tienes que pasar la

noche; si mañana cuando me levante te encuentras vivo, te casarás conmigo.

La Princesa hacía esta proposición creyendo que de esta manera se libraría del sastrecillo, porque el oso no había perdonado todavía a ninguno de los que se habían acercado a él.

El sastrecillo no se dejó asustar, y dijo alegremente:

—¡Caramba, no hay nada que me guste como dormir con los osos!

Al llegar la noche encerraron al sastrecillo con el oso. Este quiso inmediatamente saludarlo con la pata, según tenía por costumbre.

—¡Poco a poco!—dijo el sastrecillo—; ya te arreglaré yo.

Diciendo esto, sacó tranquilamente del bolsillo unas nueces, y partiéndolas se las comió.

Al ver esto el oso, quiso también comer nueces.

El sastrecillo metió la mano en el bolsillo y le alargó un puñado; pero no eran nueces sino piedras. El oso se las metió en la boca, y no pudo partirlas, a pesar de lo mucho que apretó los dientes.

—¡Ay—pensaba—, qué tonto soy! No sé ni cascar nueces.

Y dijo al sastrecillo:

—Párteme las nueces.

—¿Ves qué tonto eres?—dijo el sastrecillo—. Tienes una boca tan grande y no sabes partir una nuez.

Cogió las piedras, se metió con disimulo una nuez en la boca, y la partió al instante.

—Probaré otra vez—dijo el oso—; desde que te lo he visto hacer, me parece que también lo sé hacer yo.

Y el sastrecillo le dió de nuevo piedras, y el oso trabajaba y mascaba con todas sus fuerzas; pero fácil es de comprender que no pudo partirlas.

A los apretones se le saltaron siete muelas, y quedó con la boca tan dolorida, que no hubiera podido mascar ni manteca.

—Me parece—dijo el oso—que mañana tengo que llamar al dentista para que me arregle la dentadura, porque la tengo algo picada.

Pero el oso pensaba:





—Yo no podré comerte hasta mañana; pero lo que es hoy te destrozo con las uñas.

El sastrecillo le dijo:

—¿Sabes por qué no te tengo miedo? Pues verás: cuando yo era pequeñito me reunía con otros muchachos de mi edad, y marchando por los trigos llegábamos hasta el monte, y nos entreteníamos en cazar osos de una manera muy original. Ya has visto qué fácilmente parto nueces que a ti te hacen saltar las muelas. Los sastres, en fuerza de morder el hilo, adquirimos en la boca más fuerza que un león; pues bien: en cuanto veía un oso, me acercaba bonitamente, y de un mordisco le saltaba los sesos, luego me los comía fritos, y en paz.

Al oír esto el oso se estremeció, diciendo para su pellejo:

—Si me pongo a mal con este tío me echa los sesos fuera. Esperemos que duerma para hacerlo picadillo.

Después cantó el sastre una hermosa canción de su país, que decía así.

Por bailar un oso blanco
Mucho dinero ganó
Y por no saber el baile
Otro oso se arruinó.

—¡Bravo, bravo!—exclamó el oso—; ésa es una canción que yo acompañaría con una pandereta si la tuviera a mano. Es preciso que yo la aprenda de memoria. ¡Cuántas cosas sabéis los sastres!

—Pues eso no es nada en comparación de las cosas que puedo enseñarte. Sé cazar pulgas a cañonazos; cazo gorriónes con saliva, y los elefantes los mato con huesos de breva, que es cuanto hay que hacer.

—Mucho me sorprende lo de cazar pulgas a cañonazos; pero, al fin y al cabo, cada cual tiene su modo de matarlas. No deja de admirarme lo de cazar los gorriónes con saliva; pero lo que me pasma es que mates los elefantes con huesos de breva, porque las brevas no tienen hueso.

—Eso será en tu tierra—dijo el sastre—; porque, en la mía,

las brevas tienen huesos como puños.

Luego sacó el sastrecillo de entre su levita un violín, y se puso a tocar una piecicita.

Al oír el oso la música no se pudo contener, y empezó a bailar, y, después que hubo bailado un rato, le gustó tanto, que dijo al sastrecillo:

—Dí, ¿es difícil tocar el violín?

—Facilísimo, mira: con la mano izquierda toco, y con la derecha sostengo el arco.



—Yo también —dijo el oso— quisiera saber tocar el violín, para bailar siempre que quiera. ¿Qué te parece? ¿Quieres darme lecciones?

—Con muchísimo gusto—dijo el sastrecillo—si no eres muy torpe. Pero enséñame tus manos: muy largas son; tendré que cortarte primero las uñas.

Trajeron entonces un torno; el oso metió en él sus manos, y el sastrecillo, apretando con toda su fuerza, dijo:

—Espera hasta que venga con las tijeras.

Y dejando gruñir al oso, se echó en un rincón sobre un montón de paja y se durmió.

La Princesa, al oír gruñir al oso de un modo terrible durante la noche, creía que lo hacía de alegría de haberse comido al sastre. Levantóse por la mañana, contenta y sin cuidados; pero, al pasar por la cuadra, vió al sastrecillo sano y contento como el pez en el agua.

Entonces ya no pudo negarle su mano, porque se la había prometido públicamente, y el Rey envió por un carruaje, en que la Princesa tuvo que ir con el sastrecillo a la iglesia, para

que allí los casaran.

Después que se había subido al coche, los otros dos sastres, que tenían mal corazón y le envidiaban su suerte, entraron en la cuadra y soltaron al oso.

Este, lleno de rabia, corrió detrás del coche. La Princesa, que le veía y oía rugir, tuvo miedo y exclamó:

—¡Ay! ¡El oso está detrás de nosotros, y te quiere llevar!

El sastrecillo bajó la cabeza, sacó las piernas por la portezuela y gritó:

—¿Ves el torno? ¿Lo ves bien? Si no te marchas, te cogeré de nuevo.

Al ver esto, el oso dió la vuelta y echó a correr.

Y el sastrecillo fué tranquilamente a la iglesia, lo casaron con la Princesa, y vivió con ella más contento que unas pascuas.

El que no lo crea, que pague un duro.



¿QUE QUIERES SABER HOY?

—Buenos días, mi querido Chononcito. Aquí me tienes como todos los sábados, dispuesto a charlar contigo un ratito.

—Sea bien venido mi buen amigo el sabio buho. Siéntate y espera un momento que en seguida estoy contigo. Un momentito nada más. Lo que tardo en dar los últimos toques a este dibujo que estoy haciendo.

—No sabía que también eras dibujante, y por cierto que no lo haces mal.

—¿Te gusta mi dibujo, de verdad?

—De verdad que me gusta.

—Pues aun te gustaría más si lo hubiese hecho con un buen lápiz. Pero este que tengo es malísimo. Se rompe la barra a cada momento y me cuesta gran trabajo sacarle punta, porque está hecho con una madera infame.

—Pues para un dibujante de tu talla bien vale la pena de regalarle una caja de buenos lápices. Mañana la tendrás aquí. Tu amigo, el sabio buho, te la regala.

—¡Qué bueno y qué generoso eres conmigo! Y como a mí no me gusta no corresponder a tus obsequios, cuenta con que yo te regalaré también algo muy útil para ti. Te voy a comprar unas magníficas gafas de concha, para que veas.

—¿Chistecitos tenemos?

—No, hombre; quiero decirte que te regalaré las gafas para que veas que yo sé corresponder a la generosidad de mis buenos y simpáticos amigos.

—Pues aceptado tu obsequio y gracias mil anticipadas.

—Se acabó el dibujo. Vamos a nuestra charla.

—¿Has elegido ya el tema?

—No lo había pensado aún. Pero verás qué pronto escojo asunto para la conversación de hoy. Vamos a hablar de los lápices. Así sacaré una doble utilidad de la charla de hoy. Me enteraré de cómo se hace un lápiz y de lo que tengo que saber para no comprar más lápices malos. Este con que he dibujado hoy me ha puesto de un humor imposible. Es tan malo, que yo creo que no sirve ni para arder.

—Hablaremos, pues, de los lápices. Este utensilio tan práctico se viene usando por el hombre desde hace bastantes siglos. Allá por el año 1560 ya se utilizaba por los aficionados al dibujo.

—Y los anteriores a esa fecha, ¿cómo se las arreglaban para dibujar?

—Los hombres primitivos hacían sus dibujos en las rocas, valiéndose de una piedra muy dura llamada pedernal. Esta piedra la afilaban de forma que tuviese una punta muy aguzada, con la que rayaban en las rocas. Más tarde, cuando se conoció el hierro, utilizaron punzones de este metal. Tanto uno como otro procedimiento tenían el gran inconveniente de que había que hacer los dibujos de primera intención, pues ya comprenderás que las rayas en la roca no pueden borrarse como las rayas de lápiz sobre un papel. Todos los dibujos que han aparecido en el interior de las cavernas habitadas por los hombres prehistóricos, están hechos de esta forma.

—Entonces no se conocía el hierro.

—Pero se conocía el pedernal. Y algunos de estos dibujos están tan correctamente trazados, que descubren en sus autores a unos admirables dibujantes.

—¡Si llegan a tener lápices como los de ahora!

—Ya lo creo. ¡Qué dibujos más artísticos habrían hecho si hubieran podido esbozar sus ideas con lápiz antes de esculpir las en las rocas! Por eso sus obras tienen un mérito superior.

—Esto que tienen los lápices dentro parece una barrita de carbón. ¿He acertado, querido buho?

—Del todo, del todo no. Le andas muy cerca, pero te falta un poquito.

—Entonces será plomo.

—Más cerquita, más cerquita; pero aún no acertaste del todo. La materia de que está hecha la barrita o mina de los lápices, se llama grafito o plumbagina.

—No sé qué es eso.

—El grafito, querido Chonón, es un mineral, lo mismo que lo es el hierro o el cobre. Es muy compacto, de color negro agriado. Tiene lustre metálico y es graso al tacto.

—¿Pero de qué se compone?

—Principal, y casi exclusivamente, de carbono.

—Entonces no es carbono puro.

—Si fuese puro sería un diamante. Este grafito no sólo se usa para hacer lápices, sino también para la fabricación de crisoles refractarios y para otras aplicaciones de la industria. Vamos ahora a ver cómo se hace un lápiz. Una vez extraído de las minas el grafito, se coloca en sacos que se vacían en el interior de unos recipientes cilíndricos de hierro, con paredes de gran espesor, para que soporten la presión a que ha de someterse el grafito contenido en su interior. Del centro de esta potente máquina compresora parte un tubo de extraordinaria resistencia, por el que a fuerza de presión se obliga a pasar la pasta del grafito. De esta forma, la pasta se endurece mucho, se prensa, se hace muy compacta y sale convertida en largas y delgadas barritas por el extremo inferior de la máquina.

—¿Ya están hechas las barras?

—Ya están hechas. Bien fácil ha sido obtenerlas, ¿no te parece?

—Sencilísimo.

—Pues bien, estas barras hay ahora que encerrarlas en el interior de ese palito que forma el lápiz, y para ello hay que empezar por escoger una madera a propósito para ello. Madera blanda, sin nudos y fácil de cortar. Ninguna supera en calidad a la del cedro, de América del Norte, especialmente el de las regiones de Virginia y Florida.

—Este lápiz mío seguramente está hecho con madera de pino.

—Aun hay maderas peores que la del pino; la del chopo, por ejemplo, es bastante peor. Claro que me refiero a la calidad que exigen los buenos lapiceros, pues para otras cosas será buena tanto la madera de pino como la del chopo. Una máquina se encarga de construir barras cuadradas de un metro aproximadamente de largas. Estas barras o cuadradillos pasan por una máquina que les hace, en su parte superior, una ranura a modo de canalito. Hecho esto, pasan a manos de un obrero, que coloca una barra de grafito, previamente encolada, dentro de cada ranura. Entonces se coloca encima otro trozo de madera igual, con lo que la plumbagina queda aprisionada como en un perfecto estuche.

—Por tu descripción veo que todo lápiz se compone de dos trozos de madera perfectamente ajustados y encolados.

—Así es, y para comprobarlo, no tienes más que sumergir un buen rato, en agua caliente, un lápiz cualquiera. Verás cómo el agua despega la madera y salen los dos trozos y la barrita cada uno por su lado.

—No necesito hacer prueba; me basta con tu palabra.

—Luego se da al lápiz la forma que se desee. Esta es unas veces redonda, otras exagonal, otras ovalada. Una vez que se les ha dado la forma conveniente, se cortan en trozos de la longitud que haya de tener el lápiz, se barnizan, se satman y se pulen. Ultimamente se graba en ellos el nombre del fabricante y unas letras que indican su grado de color y de dureza. Y ya están los lápices listos para ser vendidos al público.

—¿Igual se hace con los de color?

—Casi igual; pero hoy es tardísimo y no podemos hablar ni una palabra más. Adiós, Chonón.

—Adiós, buho; y no te olvides de lo prometido.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Pinocho capitán
Ángel Laborda



Mi caballo Lucero
César Duque



Combate de gladiadores
Justo Castrillo



Currinche pescando
José Fernández



En la escuela
Isaac Dobas



Carita
Aur. Carrasco
15 años



Un caballero
antiguo
D. Muñoz



El carro de los perreros
Vicente Carreño



Currinche
F. Dumas



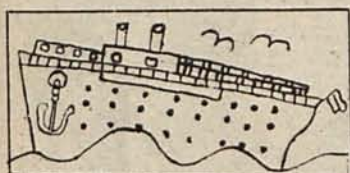
Cañamón
C. L. Bonilla



Un apuro
M.ª Teresa Pineda



El abuelito de
Pinocho
M.ª T. Mateos



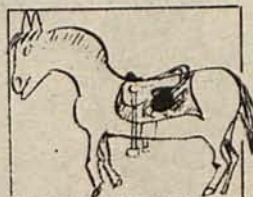
Acorazado.—Ricardito Serrador



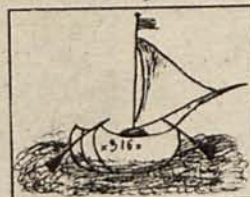
Un pinche
J. Sourdicau, 9 años



Don Panfrito
M.ª T. Pineda



El caballo de Pinocho
Jorgito Cuneo



Mi pesquero.—Jordi Camps



Mi criada
R. Rodríguez



Pinocho futbolista
José M.ª A. Cascos



Un chino, un juguete y una locomotora
Emilio M. C. de Moreta



Pinocho de gala
Esperanza Bada



MALAS PULGAS
es uno de los 8 tomos
publicados en la preciosa Serie
Barbilón de Cuentos de Calleja
en colores.
Precio UNA peseta.



Siguiendo la pista.—Ramón Baer



Merronguis
J. Catalina, 13 años



En alta mar
Valent. Paniguar



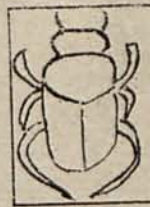
Mi amiga Serapia
María Teresa



Pinocho jirite
Josefina Zubia



Polito
T. de Pablos



Escarabajo
José M.ª Banguis



Pinocho y el Sol
Juanito de la Serna



Un bandido
Román Jago

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

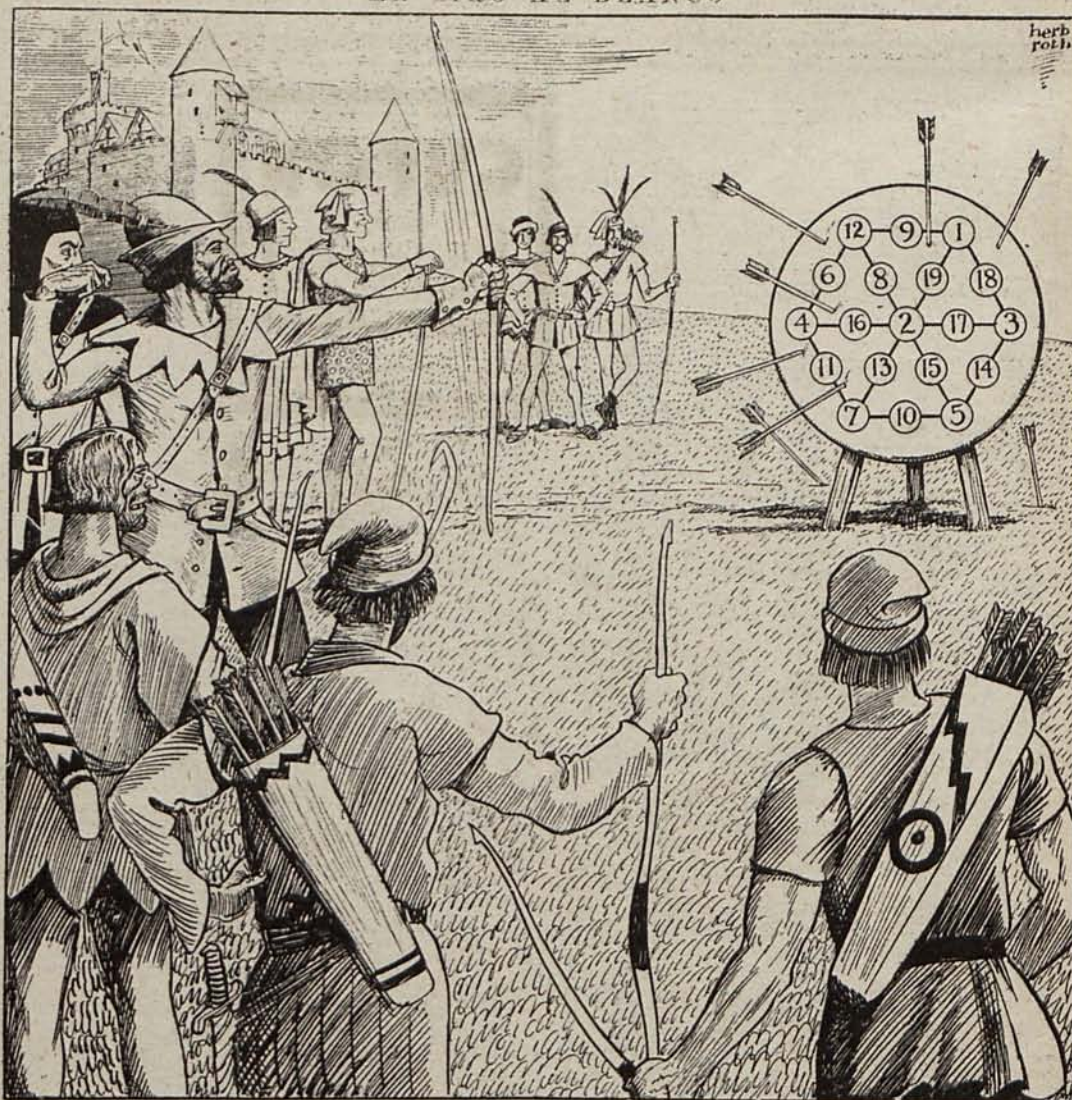
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL TIRO AL BLANCO

Estos graves señores se están adiestrando, como podéis ver, en el noble y hábil ejercicio del tiro al blanco.

Ahora bien (como dicen los oradores cursis); si examináis los números del blanco, veréis que la suma de cualquiera de los radios es 22, y que también suman 22 los números de lo que podríamos denominar aristas. Así: $4 + 11 + 7 = 22$. $1 + 18 + 3 = 22$, etc.

Pero ahora viene lo peliagudo del caso. Se trata nada menos que de cambiar de sitio los números, de forma que en lugar de 22 sumen 23.

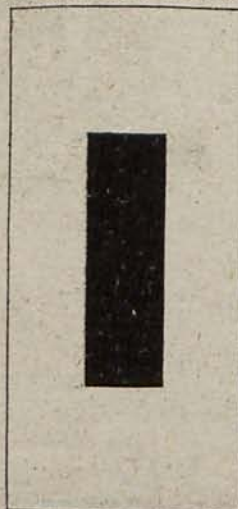


LOS INDIOS



Hay tres indios escondidos, esperando la llegada de un convoy; pero estos fumadores les están estropeando la combinación. ¿Dónde están los indios?

EL CUADRO FATAL



Después de cortar lo negro, dando solamente dos cortes a lo blanco, hay que formar un cuadrado perfecto.

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES DE NOVIEMBRE **216**

Envío del Pinochista D.

ANITA

BUEN-CORAZON





Sección Pirula

Díálogos de Pirula... bordadora

UN CERDITO DE ADORNO

Maruja y Carmina han inventado un nuevo entretenimiento: juegan a los tribunales.

La sesión se reduce a la acusación y a la defensa de cualquier objeto, que lo mismo puede ser un manjar que un animal, un juego que una ciudad, un libro que una estación del año. Todos menos una persona, porque Carmina y Maruja están tan bien educadas y tienen tan buen corazón, que nunca hablan mal de nadie, ni critican a nadie, y si el acusado fuese una persona, ninguna de las dos consentiría en actuar de fiscal.

Es memorable aquella sesión en que pusieron como acusado al Invierno. Maruja, que es muy estudiosa defendió esta época del año en que se va a clase; y Carmina, que es algo friolera, la acusó de todos los pecados; tales como resfriados, ropa pesada, nariz colorada, etc.

También es digna de recordarse la sesión en que Maruja atacó duramente al juego del dominó, y aquella otra en que Carmina hizo la apología de las golosinas, llegando en su entusiasmo a asegurar que bien se merecían sus defendidas, alguna que otra de las indigestiones, de que las acusaba el fiscal Maruja.

Hoy la sesión es «animalera» y le ha tocado el turno al... a un animal ciertamente poco poético, pero en fin... al... cerdo, vaya.

El proceso promete ser interesante; se ha encargado de la defensa Maruja y como vamos a ver, trae bien preparados sus argumentos.

¡Tilín!, ¡tilín! suena, en imaginación, la campanilla presidencial. El fiscal, Carmina, da comienzo a su acusación:

Carmina.—En primer lugar, acuso al señor Cerdo de ser el más sucio de los animales. Tanto lo es que cuando se quiere tachar a una persona de tan horrible defecto, se la compara con él y se dice. «Es un cerdo. Es más sucio que un cerdo» o se emplea cualquier otro de los nombres del acusado, que no enumero porque no son propios de un fiscal bien educado. Bien merecida tiene su mala fama este animal...

Maruja.—(Interrumpiendo). ¡Perdón! Pido al señor fiscal que sea correcto con mi defendido y no le trate de animal.

Carmina.—Es justo; bien merecido, digo, tiene su fama este señor por cuanto se pasa la existencia revolcándose en la basura y se alimenta con toda suerte de detritus. Dudo que el señor abogado pueda oponer nada a estas verdades irrefutables.

Maruja.—Yo no aseguro que mi defendido sea de una pulcritud meticulosa; pero protesto contra el error vulgar de tenerle por «el más sucio de los animales»; otros lo son tanto o más que él; así, el pato, cuyo régimen alimenticio allí se anda con el del señor Cerdo. ¿Que se revuelca en la basura? Pues y la mosca, ¿acaso gusta de posarse sobre flores? Y, sin embargo nadie piensa en ofender a una persona poco limpia, diciendo. «Es una mosca. O, es un pato». Y aun hay la agravante de que la mosca, por su suciedad propaga las enfermedades y es el más dañino enemigo del hombre, mientras que el cerdo sin contar con su enorme utilidad de la cual ya hablaremos luego, es inofensivo.

Carmina.—¿Cómo se atreve el señor abogado defensor a decir que el acusado es inofensivo? Hartos estamos de saber que en las aldeas, tan pronto como se descuidan las gentes de las granjas, entran los cerdos en las casas y atacan a los niños que están en las cunas.

Maruja.—Es verdad; pero también es cierto que tienen la culpa los hombres que se empeñan en vivir con cerdos como si fuesen animales domésticos, sin tener en cuenta de que por su naturaleza, el señor cerdo es salvaje. Y no le tienen en las granjas por bondad sino para aprovecharse de él, porque si bien algunos cerdos atacan a algún ser humano, bueno es recordar que todos los cerdos son devorados, despiadadamente, por los hombres. Como que el cerdo es el más útil de todos los animales; el más sabroso; de él se aprovecha todo; no tiene desperdicio.

Carmina.—Sí, es muy útil... después de muerto. En vida no puede sino causar repulsión, por su gordura fofa.



Maruja.—Alto ahí, señor fiscal; mi defendido no es gordo; cuando está en estado natural es hasta esbelto, casi diría que su línea puede equipararse con la de una señorita a la moda. Los hombres son los que le obligan a engordar, egoístamente para que se le forme debajo de la piel, esa capa de grasa que luego saborean con deleite.

Carmina.—Lo que es innegable es que es feo y antipático cual ningún otro animal... ¡Perdón! Cual ningún otro señor.

Maruja.—Su antipatía, no será tanta, cuando su imagen se reproduce en dijes de oro, coral o marfil, y se utiliza como fétiches que traen la buena suerte.

Carmina.—Permita el señor abogado que me ría; la buena suerte no nos la da ningún dije; nos la da Dios, cuando sabemos merecerla, y aprovecharla.

Maruja.—Eso es verdad, pero hay muchas personas que ofenden a Dios creyendo a pies juntillas en esas supersticiones. En cuanto a la fealdad de mi defendido, es una cuestión de gustos.

Carmina.—No creo que a nadie se le haya ocurrido jamás admitir la belleza de un cerdo, ni utilizarla como elemento decorativo.

Maruja.—¿Que no? pues me apuesto cualquier cosa que si se lo pedimos a Pirula, transforma un cerdo en un adorno encantador.

Y como en fin de cuentas, el pleito ha venido a parar a mí, aquí tenéis el resultado: un cerdo transformado efectivamente, si no en un adorno muy poético, en todo caso en un motivo de bordado bastante original.

Después de calcar el modelo que os ofrezco, lo recortaréis en cualquier trocito de tela, cretona, ballesta, franela, tursor de algo-



dón, paño, etc. y lo pegaréis a punto de festón sobre una prenda no sin antes bordar en medio, a punto de cordón o de cadeneta, vuestro nombre.

Y nuestro cerdito, tan valientemente defendido por Maruja, adornará un habero o una bolsa de labor o un sobre para la servilleta, o servirá de bolsillo en un delantal o en un «pelele» de vuestro muñeco, quiero decir de vuestro hermanito pequeño.

